Amanecer

David Lizandra Ibáñez

Capítulo 1

AMANECER

— Hora de la defunción, cinco cuarenta y cinco.

Aquellas palabras frías, sin ningún signo de emoción, se limitaron a constatar un hecho. Abrió los ojos inundados de lágrimas con sabor a despedida para ver como el doctor traspasaba el umbral de la puerta. Afuera, en el pasillo, todo eran sollozos y a su alrededor, una sucesión de silenciosas enfermeras se afanaban por desconectar aparatos, y preparar aquel cuerpo vacío para entregarlo a sus familiares. Echó una última mirada a la cama, miró hacia la ventana para comprobar que eran las primeras luces del amanecer las que se colaban entre las rendijas de la persiana. "Ya no tengo nada que hacer aquí", pensó antes de hacer el pequeño esfuerzo para incorporarse. En el pasillo nadie se fijó en él, nadie le abrazó, nadie le dijo nada; ocupados como estaban con sus propias tristezas, ni siquiera repararon en su presencia cuando pasó entre ellos.

A través de la puerta de cristal de la entrada, podía ver la calle desierta, sin vehículos, sin gente, sin ruidos, toda una invitación para pasear. No tuvo que pensar dónde ir, siempre que estaba triste, o "con el alma sucia", como solía decir su madre, le gustaba pasear por el casco antiguo de la ciudad; caminar sobre aquellas piedras antiguas era lo único que le reconfortaba en esos momentos.

Sin darse cuenta había llegado a las callejuelas, podía sentir el firme irregular de los adoquines bajo sus pies, pero era el olor de aquellas piedras, viejas como el gallo de la aurora, lo que le reconfortaba. El amanecer había ganado definitivamente la batalla y el sol se había hecho con el control de la oscuridad y del frío de la noche en silencio, sin piedad, sin hacer prisioneros.

Llegó hasta la Plaza de la Catedral, tomó asiento en uno de los bancos, uno orientado hacia el este que el sol comenzaba a teñir con tonos dorados. Cerró los ojos, dejó a la mente vagar entre sus recuerdos y se limitó a sentir el reconfortante abrazo de los rayos del sol. Así, con los ojos cerrados, sintió como la intensidad de la luz aumentaba a cada segundo hasta hacerse incómoda, insoportable. Llevó las manos a la frente, pero aun así, la luz le seguía molestando. Abrió los ojos y supo que era el momento de emprender el viaje. Sus manos, igual que el resto de su cuerpo, perdían consistencia y se desvanecían a cada segundo hasta fundirse con aquella luz cegadora. Su último recuerdo fué para aquella ley que decía que la energía ni se crea ni se destruye, y comprendió que no era el final.